

El Hijo de El Ahuizote

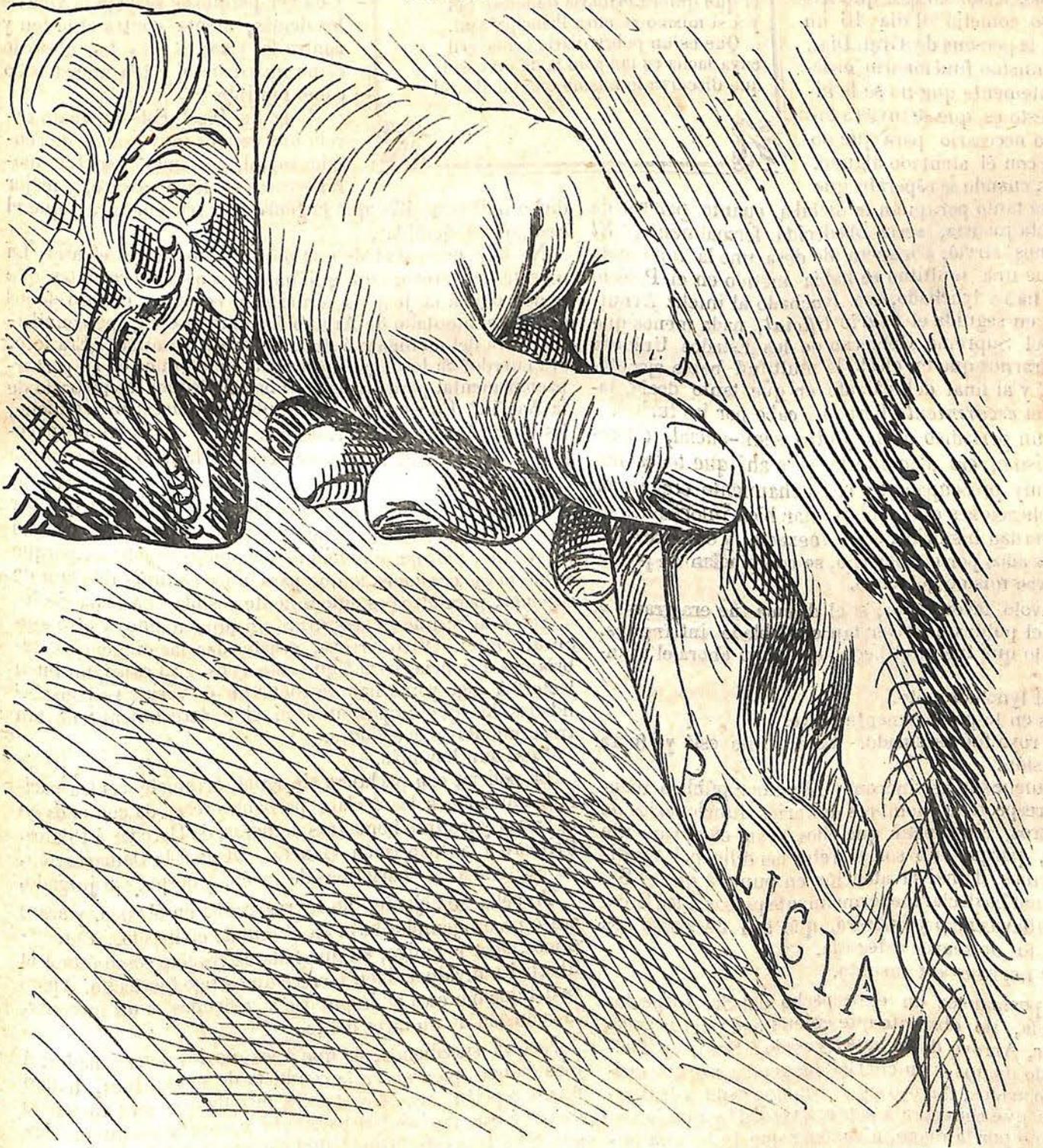
MÉXICO PARA LOS MEXICANOS.

Semanario de oposición feroz é intransigente con todo lo malo.
Fundador, Director y Propietario DANIEL CABRERA
DIRECCIÓN: Calle de Cocheras núm. 15.—Apartado 421.

LO DEL DIA.

UN TIRON OPORTUNO

(No es mano de Ministro.)



*Sí, me duele el corazón;
y no ignoro lo que sientes:
¡ay! reata, no te revientes
qu'es el último jalón.*

EL ASUNTO SENSACIONAL

DE LA SEMANA.

Sí, mi lector, aun cuando parezca raro en México, hemos tenido una semana sensacional, y, Dios median- te, todavía nos falta mucho que ver y que saber: aun estamos en el prólogo.

El epílogo vendrá allá por la prime- ra quincena de Octubre, cuando los hasta ahora presuntos reos compare- zan ante el Jurado popular que los juzgará.

Pero no adelantemos los sucesos. Mucho tenemos con lo que hasta aho- ra, este ahora es el jueves, llevamos visto y sabido.

No ignoras, lector amigo, que Arnulfo Arroyo cometió el día 16 un atentado en la persona del Gral. Díaz, ni que este mismo funcionario orde- nó terminantemente que no se le hi- ciera nada, esto es, que se tuviera to- do el cuidado necesario para que no se cometiese con él atentado alguno.

Pues bien, cuando se esperaba que esa orden, no tanto por quién la dictaba, cuanto por ser de la más estricta justicia, sería obedecida formalmente, *El Imparcial* nos sirvió, á manera de desahucio la furibunda noticia de que una multitud se había metido en el Palacio Municipal y había lynchado, eso, lynchado al infeliz Arnulfo Arroyo; y en seguida el *Diario Oficial*, nada menos que el órgano «del Supremo Gobierno de los Estados Unidos» vino á asegurarnos que en efecto la multitud había ejecuta- do á Arroyo, y al final del párrafo en que tanto decía, lamentábase del *escarmiento* llevado á cabo por las turbas.

¡Canario! un periódico oficial y otro semi-oficial, expre- sándose lo mismo, era algo fuerte, y de ahí que todos nos pusiéramos muy preocupados: ó el lynchamiento era cierto, dado que publicaciones que debían estar bien informados lo daban como verdad histórica; ó era inexacto, y entonces pe- riódicos expensados por el gobierno, se complacían en poner en ridiculo á ese mismo gobierno.

Dí tú, benévolo favorecedor, si el dilema no era grave, y si no querria el público resolver tan endiablado intri- gulis. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que ya ahora el asunto se aclara:

No hubo tal lynchamiento.

Y entramos en lo positivamente grave:

Arnulfo Arroyo fué asesinado. Este punto está ya fuera de toda discusión.

¿Quién ó quienes lo asesinaron? El rumor público men- ciona á este respecto los nombres de varios funcionarios de policia; nosotros, sin repetir que ellos sean efectivam- te los culpables, porque aun son secretas las diligencias judi- ciales, si podemos llamar la atención en punto á que el Sr. Juez 5º Criminal ha declarado formalmente presos á los Sres. Velázquez, Villavicencio y Cabrera, que son de entre los aprehendidos, los de mayor categoría.

Negro, muy negro es este asunto.

El reo que permanece en el despacho del Sr. Inspector Gral. de Policia, no obstante que entendiéndose del negocio, un juez mil tar, Arroyo debió haber, asado á Santiago Tlatelolco ó cuando menos á un cuartel; los gendarmes que cus-odiaban, desarmados; Arroyo sujeto con una camisa de fuer-za: sin detalles que convidan á pensar ¿verdad? y que lo lle- van á uno, como por la mano, á suponer que hubo una hor- rorosa premeditación. De lo contrario, esos mismos detalles quedan inexplicables.

Por otra parte, los asesinos, según todas probabilidades, penetraron á la Diputación, no por la puerta que da á Zó- calo, sino por la de la callejuela, y pudieron encontrar sin

TAMBORAZO
SEMANARIO.

POR FIN CÓMO OPINA
EL AMARILLO CHICO.

Para planchas soberbias «El Imparcial»: con muchísima gracia, con mucho aquel, dió por cierto, ciertísimo en su papel que hubo un lynchamiento muy criminal. Y después se desdijo: ¡Será formal!... ya vendrá á sostenernos que tambien el opina que fue todo nomás pastel y mucho menos sin duda: puro tamal. Así acredita el diario reporteril, el que quiere brillarla de nuevo Sol y á sí mismo se mira Principe azul. Que es un pobre diario centaveril cuya facha es tan sólo la de un cocol que discurre lo mismo que un abedul

vacilación y sin equivocarse el sitio preciso en que estaba Arroyo. Pues estos detalles que tambien arguyen premeditación por cuanto vemos que todo se enlaza cual si hubiera habido una orden previa, significan ventaja, por el número de asaltantes, y alevosía pues que Arroyo tenia imposibilitada toda defensa, y revelan esto que es muy punible: la policia cometi-ó el crimen.

¿La policia? Sí, amigo mío; no es culpa mía que sobre ella recaigan las responsabilidades.

Y continúa el asombro, el horror, lo que se quiera; que la policia, digo la encargada de cuidar del orden y de ver porque se respete la vida de los demás, atente contra el orden y contra la vida; es algo tan absurdo como monstruoso, y tan monstruoso como punible.

¡Vélg me Dios! Este asesinato revela una escasez muy grande de sentido moral, y cuando el sentido moral escasea se hace preciso, y mejor dicho indispensable que la represión sea enérgica y que el castigo sea ejemplar.

Ni hay necesidad de que nos fijemos en esa escasez. La muerte de Arroyo, aun quitándole todas las agravantes que tiene, dejó á la justicia sin estos preciosos y necesarísimos datos: ¿el atentado de Arroyo fué obra propia, personalí- sima, obra del momento ó de la reflexión criminal? ¿Era loco, era cuerdo? Si loco, ¿se aprovecharon algunos de su pertar- bación mental para arrojarlo sobre el Primer Magistrado de la Nación? En este sentido ¿hubo cómplices; mejor dicho, los hay? ¿Arroyo tenia armas consigo, llevaba algunos pape- les? Nada se puede responder. Todo se hundió para siempre en el misterio.

Y no vale decir que lo anterior es increíble, y que por ende si Arroyo hubiera vivido y esas diligencias se hubieran practicado, habrian obtenido resultados negativos, porque en no pocas ocasiones lo que para unos es imposible aun de suponer, para otros es enteramente posible y hasta hacedero.

Sobre todo: uno es asegurar sin fundamento, y otro ase- gurar con él. Vivo Arroyo, practicadas las diligencias, sa- bríamos á ciencia cierta á que atenernos ¿No es así, mi buen lector? Y digo yo: si habrán incurrido en serias responsabi- lidades los que imposibilitaron el esclarecimiento de tan trascendental cuestiones.

Pues aun hay más.

La policia, con pachorra sin igual, arremete contra pací- ficos ciudadanos los declara probables reos, da con ellos en la carcel y los trae horas tras de horas, de Herodes á Pilatos. Primero á la Inspección General, luego á la Demarcación, en seguida á las bartolinas de Belén, y después al juzgado.

Tropelia semejante, no se registraba en México, y acaso aca o pocos ejemplos haya en el mundo civilizado. Comen- zamos, lector amigo, en que falta de respeto como ésta á la libertad individual, bien merece un castigo fuertecito. Aparte del que merezca el imputarle á sabiendas, á un inocente, la comisión de un atroz delito.

Nos va sucediendo, lo que á los novios desengañados: á medida que pienan en la conducta de su Dulcinea, hallan una decepción más. Nosotros, á medida que más vueltas le damos á este famoso lynchamiento, encontramos nuevos car- gos. Sólo Dios sabe lo que habrá hallado el juez 5º Criminal.

Aquí podría terminar este tu humilde servidor, si no fue- ra porque con el asunto de la semana, se liga la interpela- ción al Sr. Ministro Gral. González Cosío, en la Cámara de Diputados, verificada en la tarde del martes; y que resultó lo que tenía que resultar: el parto de los montes.

Vamos á cuentas. ¿Qué querían los señores diputados? Desde el momento en que el martes apenas se habían verificado las primeras diligencias y éstas por razón natural permanecían bajo el más riguroso secreto, el Sr. González Cosío no podía hacer la menor revelación, aun en el remoto supuesto de que él tuviera conocimiento de lo que se hubiera averiguado. El Sr. González Cosío, en tal concepto, había de limitarse á decir lo que dijo: nada más, y nada menos: ó lo que es lo mismo, lo que ya sabíamos.

Pero el toque está en el voto de confianza dado al Gral. Díaz, voto innecesario por completo. Ese voto se le debió dar al Sr. Ministro de Gobernación; no procedieron así los ilustres padres de la patria; ¿es que en concepto de ellos no lo merece el Sr. Gral. González Cosío? Tiene la palabra para informar cualquiera de los órganos oficiales ó semi-oficiales.

Ahora ¿por qué no se le permitió hablar al Sr. Diputado Zayas Enriquez? Bien claro manifestó su señoría que deseaba hablar, y sin embargo ni quien le dijera por ahí te pudras.

¿Qué cosas tan originales y raras se ven en la Cámara de Diputados!

Y pensar que todavía nos falta mucho que presenciar, y que ese mucho tendrá importancia

DON CLARENCIO.

AHUIZOTADAS.

Tenemos hambre y sed de justicia, dijo en fecha memorable don Justo Sierra; y últimamente el jefe del Ejecutivo nos prometió apagar esa sed y saciar esa hambre.

Él, el general Díaz, sufrió un atentado; recomendó que no se le hiciese nada al autor del desecato, y horas después era «lynchado» el hombre que había puesto bajo la salvaguardia de nuestra policía.

Desde aquí rechazo esa primera noticia que dió á los cuatro vientos de la publicidad la prensa ministerial.

El pueblo mexicano, como dijo en feliz arranque el más popular de nuestros oradores, no medó el peligro, desafiará la muerte, se echará, á pecho desnudo, sobre un batallón ó sobre un regimiento; pero no irá á acribillar de heridas ni á asesinar á un infeliz sujetado en una camisa de fuerza.

El Hijo del Ahuizote no ríe ahora..... se limita á decir que en el to del lynchamiento se reirá mejor el que ría al último.

Y van á ser risas..... nerviosas.

¡Basta de seriedad!

Que no me han encomendado esta sección para que ustedes se entristezcan.

En esta vez me toca reirme á mandíbula batiente de algunos diputados.

Se trató de que el Secretario de Gobernación compareciera ante el más respetable de nuestros tribunales..... y os que no quieren perder los doscientos y pico se escurrieron ó fueron á consultar con los Edipos.

Total: que el Secretario de Gobernación informó y quesallieron sobrando los miedecillos de los padrastrós de la patria.

Me acuerdo de Altamirano cuando elocuente y profundo hizo vibrar en el mundo su discurso sobrehumano!

Porque en noble y santo horror pidió desde la tribuna no hubiera piedad alguna para todo aquel traidor

que en su gran clarividencia adivinó que traía
¡Perder nuestra autonomía,
perder nuestra independencia!

Con el hecho que á todos nos ha puesto los pelos de punta se ha tirado una plancha más que monumental la prensa gobiernista.

Que fué la primera en hablarnos de que *tumultuariamente* el pueblo se había hecho justicia por su mano.

Y esos *tumultuarios* resultaron personas pacíficas.

A un pobre vendedor de cacahuates le colgaron el milagro de *linchador*.

Y créanme ustedes, los cacahuateros sólo son capaces de despellejar á los cacahuates ó á los oídos del transeunte.

Ellos no saben más que promover un ruido.

¡El ruido de uñas!

Y el de esta clase cantaría, si es que de ello tenía ganas:

Me trán cual vil asesino
¡Vaya mi suerte tan negra!
¡Qué asesino ni qué nada
yo vendo de Salvatierra!

Hé aquí cómo los buenos mexicanos estamos en peligro—no de inundarnos que eso ya pasó—sino de quedarnos sin cacahuates.

Al estilo de los científicos, y aunque no sepan lógica, se harán los vendedores del siguiente silogismo:

«Cuando hay tiros se llevan á bartolinas á los cacahuateros. En los asaltos del pueblo «bárbaro» hay tiros.

«Pues no vendo cacahuates.»

Y basta ya de..... «asaltos.»

¡Si habrá cacahuete en el asunto!

Digo que tiene razón
quien medite así tar sabio....
Pero, chico, sella el labio
ó te expones á un.... *soflón*.

Soflón, en el Diccionario que tengo para mi uso particular significa..... ¡Vaya usted á saber lo que significa!

Me alegro mucho que uno de los *lynchadores* no sea cojo. Y me alegro más de que sepa dar tres pasos con garbo. ¡Olé por los garbosos!

Pero llevaba una arma: la mandolina.

Yo creo que si hubiera cargado la bandolina

No se queda tres horas
en bartolina,

¡Si hubiera sido guitarra!

Pudiera haberse acompañado a cantar:

Desde que pensé cantar
me gritó mi corazón:
¡Si no te vas á tu casa
vas á tener un dolor!

¡Y tan doloroso!

Un *paidzano* so vistió de charro y le pasó lo que al dulcero de Catemaco.

El tal dulcero, caminaba *pian pianito* y derrepente vió que un toro se le venía encima.

—¡Valgame la Virgen! dijo, y se quedó á pié firme.

Se le avalanzó la fiera y lo dejó más maltrecho que Cósmes ha dejado á España en relación con Cuba.

Desde entonces se decía el dulcero: ¡fíate de la Virgen y no corras!

Y mi *paidzano* se dirá:

¡Fíate de lo charro... ¡corgrio!.... y te chorrean!

¡Que no fué el himno de Riego
el que cantó el pseudo-charro!
¡Ya hubiera querido un jarro!
para..... ¡no señores, no lo niego!

Lucido ha quedado el *Diario Oficial*. Él, que debía ser por su carácter el más serio, el más cauto y el más reposado. Sin encomendarse ni á Dios ni al diablo, acogió como hecho lo del «pueblo» que entró á asesinar á Arroyo.

Y acabó muy orondo su parrafito de gacetilla puesto en primer término, arriba del movimiento marítimo de esta suerte:

«Así han pasado los hechos que debemos transmitir al conocimiento de la Nación, no sin lamentar que atentados semejantes al de Arroyo, den lugar á escarmientos tan terribles como acaba de suceder.»

ARNULFO ARROYO ROMERO

Asesinado la madrugada del 17 de Septiembre de 1897.



DIALOGO DE ULTRATUMBA.

Tomado de "El Universal."



ORDÓÑEZ. — ¿Vienes por la «cermu»?
ARROYO. — No, por el lynchamiento.
ORDÓÑEZ. — ¿Y qué novedades traes?
ARROYO. — ¡¡Que ya se hace justicia!!

UNA SITUACIÓN DIFÍCIL.

I.



II.



III.



MASITO (que ha oído decir que descendía del mono).— Y eso al, abuelita, ¿es acaso el abuelo tuyo?

—Oye, chico, ¿sabrás decirme cuál es la acera de enfrente?
—Aquella.
—Es que vengo de allá y me dicen que es esta.

Y no, mi señor don Darío. Ya vió usted cómo el Sr. Milanes (¡cuidado señor cajista, con poner milanesa!) ha aclarado todo el pastel.

De de los pastelillos que comió el infortunado Arroyo hasta la San Bartolomé que con él hicieron.

Permítame usted, hermano, que le diga con franqueza que eso, hablando en castellano es obrar con ligereza.

Y va una.

Lo demás es mejor.

No debió su señoría «lamentar» lo que llama «escarmiento», sino «condenar» lo que es un «crimen.»

Ahora lo que debe hacer el *Diario* es vindicar al pueblo mexicano, al que con tanta festinación han calificado de lynchador.

✕

Si no es por el popular don Juan Mateos, resulta muy caserita la *interpelación* al Secretario de Gobernación en la Cámara de la Unión, para saber lo que pasó en la *Diputación*!

Desde las dos de la tarde el pueblo estaba á las puertas del Congreso, y cuando éstas fueron abiertas un gentío de todas las clases sociales invadió palcos y galerías no hallando un solo lugar vacío.

Después de leer tres ó cuatro comunicaciones, abordó la tribuna el general González Cosío y..... contó en breves frases que había sido destituido el Inspector General de Policía, y que se haría justicia cayera quien cayera.

Después nos contó Mateos que él era la historia, y que pedía un voto de confianza para el general Díaz; el Lic. Zayas Enríquez solicitó hablar, no le hicieron caso, y cada mochuero se fué á su olivo.

Los que esperaban algo sonado se llevaron el gran chasco.

Esperemos, señor, que la justicia no pondrá triunfadora á la impudicia; y que tenga este inicuo lynchamiento un castigo que sirva de escarmiento. Que si es malo el andar á las palizas es peor hacer trizas tan sólo por *barbear* al Presidente, al infeliz Arroyo, loco ó delincuente.

✕

A otra cosa.

Habla el Nacional.

«El M. R. P. Fray Francisco del Niño Jesús (*¡adiós tú!*) Lira ha sido nombrado por el R. P. Provincial de los Carmelitas, Vicario Prior de la Iglesia del Carmen de Orizaba.»

¿De qué servirá el artículo constitucional que no reconoce las ordenes monásticas ni permite su establecimiento en el país?

Pamplina, pamplina pura.

Poco falta, muy poco, lo veremos: con tino tan sencillo como vario cual simples y cual memos, ó cual robustas empujadas greyes, iremos al Sagrario á discutirnos y á aprobarnos leyes.

✕

Y aquí pongo punto porque se me acerca D. Clarencio y dice que desea hablarme:

—¿Qué se se le ofrece, compañero?

—Poca cosa: me habla *Triste Tres* y quiero contestarle que no es cosa muy difícil probarle los plagios de Campoamor.

—Pues ya lo está usted diciendo.

—Sí, pero el caso es otro: la respuesta no cabe en este número.

—Pues también ya lo está usted diciendo.

—Disimulando la molestia: yo quisiera un versito.

—Mire, don Espiridión Trajina que presente está, ha de tener por ahí algún cantarito desocupado.

Don Espiridión.—Compañeros, muchas gracias por haberme creído útil.

No eres turco y lo pareces á pesar de tus amaños: no contesto y ya te creces, agúardate: *pa* tus daños ¿qué son, dime, doce meses?

¿QUIÉN PAGARÁ LOS VIDRIOS ROTOS?

REFLECCIONES DE UN PAYO.

¡Ajá, ajá! Aunque payo, puedo decir que pasé de Temamatla, que ningún ratero me ha hecho su víctima. que el cochero se contentó con seis reales, ó como se diga ahora en el lenguaje métrico-decimal, y que aquí estoy, en este cuarto de este hotel, esperando la visita de las señoras chinches ó lo que tenga á bien depararme la suerte.

¡Gerónimo te has salvado!

Ahora, á la cama. Apaga la vela y á roncar.

Pero antes haré esta cruz con gotas de estearina, para que no se me olvide que debo llevarle un escapulario de San Expedito al Presidente de mi Ayuntamiento, una estampa de la Magdalena al Jefe Político, y un discurso de Mateos al señor cura.

¡Brrrr!

✕

—Petronila, eh, Petronila! Echale el agua á la leche. Anda, no seas floja!.... ¡Ya está amaneciendo!.... ¡Pues no creí que estaba en casa! ¡Demonio y cómo me pica el cuerpo! ¡Las chinches! ¡Arriba y á la calle!.... Bueno. Acordarse que si ve uno una monedita, como si viera á la sobrina del párroco; si ve uno que se le cae un billete á un billettero como si qui iera ver uno al visitador del Timbre!.... ¡Encenderé un cerillo!.... ¡La puerta cerrada!.... ¡Abra, amigo! ¡Y sigue durmiendo!.... ¿Me hace usted favor de abrirme?.... Y sigue roncando!.... ¡Señor portero, por María Santísima!.... ¡Y ronca! ¡Oiga, hijo de la gamuza, tal por cual, sobrino de la cotona, *jijo del maíz*, ¿me abre ó no!.... ¿Qué *jefecito* ni qué carambas? ¡Abra!.... ¿Que le dé, qué...? ¿Por qué?... ¿Que le pague el amo para eso pago mi dinero ¿ó cree que estoy aquí de arrimado? *Jijo de*....

¡A tomar café, Gerónimo! Pues no quería ese que le diera yo la porpina ó propina!.... Aquí dice café.... ¡cerrado!.... aquí «*restaurant*».... ¡cerrado!.... Bien me decían que esto era de estranjis.... ¡Válgame la Virgen!.... Ni donde tomar nada.... ¿Señor policía no hay aquí ningún café?.... ¡Si está también durmiendo!.... Pero á este sí no le digo sobrino de la cotona!.... ¡Esta sí es buena, ya apagaron la electricidad!.... ¡Jaletinas! ¿qué será eso? ¡No es ma'o, no es malo!.... ¡Aquí me siento!.... ¡Mire; y qué banquitas! ¡Y tanto fresco!

¡Brrrr!

¿Qué me pasa?... ¡Ah, sí, usted dispense, amigo!.... Eso es, señor gendarme. ¿Qué quiere usted? me dormí. Y eso que he madrugado.... ¿usted no madruga?... ¿Mi sombrero?... ¡Sobrino de la cotona, ya me lo robaron!.... ¡Y apenas hace sol! ¿Y cómo paso ahora?... Señor soldado me permite?... ¿Eh qué le he faltado pa a que me gopee? ¿Que me hago! ¿Y qué me hago?... ¡Mire y cuánta gente! ¡Y vienen por el medio de la calle! ¡Válgame la Virgen, cuántos generales! Esos que traen medallas son generales ¿verdad amigo?... ¡Us ed dispense, pr guntar no es insultar á nadie! ¡Ese sí es el Presidente! ¡Cavay, y cómo me requema el sol! Y ahora que me acuerdo ¿qué e-tará haciendo Petronila?... Y cómo reculan los soldados.... ¡Pasé!....

En esta sombrerería me armo!.... ¿Este?... Doce pesos ¡jule! mi compadre Chucho los hace con sus *petradas* y nos cobra doce reales!.... ¿Este otro? Si me lo deja en los tres posos, lo llevo!.... ¿Tres y medio?... ¿De veras es de París de Francia?... ¡Ahí están!.... En esto me pareceré al Jefe Político.... ¡Soldados por todas partes!.... ¿Qué le compre ese bri-

HEREGÍAS.

¡Antito?... ¡Cinco pesos!... ¡Ahí van!... Me lo guardo, no sea que me lo roben... ¿No tiene otro para mi mujer? ¡Otros cinco?... Aquí están ¡qué contenta se va a poner Petronila!... ¡Dispense, señorita si la he pisado!... Vea usted qué globo... Y no hace humo... Eso ha de ser por la electricidad... ¿Cuáles serán los lagartijos? ¿Andarán vestidos de verde?... ¿Me hace usted favor de decirme cuáles son los lagartijos?... ¡Parece mentira que ande usted tan bien vestido! ¡Lástima de levita!... ¡Dice ese elegante que lo he insultado! ¿esta C N, tan grandota qué querrá decir?... Y la verdad que es fea, toda *majosa*... hombre ¿pues qué no se le ocurre al dueño de la casa? ¿C N? ¡Ah sí, ha de ser cena abreviada! ¡Aquí todo es electricidad! ¡Ay cuanta muchacha tan bonita! ¡Para que las vieran las hijas del Jefe Político... ¡Mire por donde mete los brazos, sobrino de la cotona! ¡Esta sí que es bola!... ¡Como no me den un palo!... ¡Ese ha ser un ratero! ¿Por qué se lo llevan?... Yo también grito ¡viva... ¡Viva mi general Díaz!... ¡Viva el Presidente!

Ya vi los fuegos, y como tengo que escribirle a Petronila, ya le estamos dando:

«Sra. Petronila Salfi de Gómez.—Querida Petronila:

«Has de saber que he llegado a un hotel y a consecuencia de ello me robaron mi sombrero en una plaza muy grande que le llaman el *Sácalo* y en la que había muchos señores gendarmes, que un soldado me dió un culatazo, pero que por fin pude comprar un sombrero de París: y te llevo dos brillantes para que rabie nuestra comadre doña Genovevita, que tanto habla de sus venturinas.

Los fuegos estuvieron muy bonitos. Hubo uno en que salió un perico, y chillaba como el *Secretario del Ayuntamiento*. Otro fuego hacía muchas eses como el *Sacristán* el día del Corpus, y por fin el *boquete de mí de luces* dejó atrás a todos los *boquetes* que allá se echan cuando llega el obispo.

En la mañana hubo una *trifulca*, porque un *desalmado* se le jué encima al Presidente. Pero lo cogieron, y don Porfirio dijo que no se le hiciese nada.

Ahora, que me he levantado y te escribo estas letras, acabo de leer un periódico y dice que el pueblo ha hecho con el *desalmado* lo que hacen los *yankis* con los negros.

Y esto está que arde, Petronila.

Tu amantísimo esposo que verte desea.—*Gerónimo Gómez*.

Posdata.—Al llegar a una casa muy grande y muy oscura, que es el Correo, se hablaba de lo que te he dicho, y un señor decía: ¿quién pagará los vidrios rotos?

Yo no sé qué será eso de los vidrios.

Sería bueno que se lo consultaras al médico del pueblo, para que cuando llegue me descifre eso.—*Vale*.

MIL MILLONES DE PESOS.

Un millonario argentino que fuera de eso, era filántropo y financista de primera fuerza, dejó al morir un legado de \$1,670,000 que deberá ser administrado por el Gobierno durante cien años, procurando que el capital dé un interés del seis por ciento.

Al cabo de los cien años, según los cálculos del Sr. Anchorena, que así se llama el testador, habrá un capital de \$52,000,000.

De esta suma, el Estado sacará una parte para redimir sus deudas; otra, según dice el colega de donde tomamos la noticia, será destinada a establecimientos de beneficencia y a constituir nuevamente un capital para colocarlo a interés y a formar a los cien años un nuevo capital de 1,000,000,000 de pesos.

Así se hará cada siglo.

Los antecedentes de este curioso legado han pasado al Ministerio del Interior, el cual deberá decir si el Gobierno acepta ó no el favor del Sr. Anchorena.

El asunto está con vista al fiscal.

Un diario chileno que acoge la anterior noticia, dice por vía de comentario que con el interés de la fortuna del Sr. Anchorena, en doscientos años la Argentina tendrá más que lo suficiente para hacer la guerra a su vecina y acribillar a los chilenos a balazos con balas de plata.

Protesto enérgicamente contra el cargo de lynchadore arrojado al pueblo. Para lanzar así, caluñosa semejante, se necesita estar poseído del más endemoniado afán de insultar a un pueblo que si de algo ha dado muestras es de respetar al poder constituido y de manifestar ese respeto bajo todas las formas legales posibles.

El pueblo, no el de la Capital, el de la República entera, ha sido irrespetuoso dos veces, nada más dos veces en nuestra Historia: cuando fusiló a Iturbide y cuando fusiló a Maximiliano; pero entonces, representado por un consejo de guerra y por un Presidente Juárez, antes juzgó que mató, antes pensó que ejecutó.

Estada reservado a un periódico gobiernista, *El Imparcial* y a un periódico sesudo ó que debiera serlo, el *Diario Oficial*, sostenidos uno y otro con el dinero de los contribuyentes que es ¡oh Dios! el dinero del pueblo, injuriar al mismo pueblo.

—¿Quién diera agua a mi cabeza y una fuente de lágrimas a mis ojos para llorar día y noche las desgracias de los hijos de mi pueblo?

Así dijo el grande hombre de la Biblia y así puedo repetir ahora. Ninguna de las calamidades que nos han afligido, ninguno de los insultos que, con entera impunidad, se nos han echado al rostro, fué más grande que esta injuria de su ponernos capaces de atropellar el recinto en que moran las autoridades para cometer un crimen de que ya se avergüenzan sus autores; un crimen que pone en el ánimo de los delinquentes todos los torcedores del remordimiento, mucho antes de que la Ley haya caído sobre ellos, y les haya hecho sentir todo el peso del castigo.

Sea anatema sobre las cabezas de los culpables.

Hermanos míos: el pueblo que lo mismo en 1847 que en 1862, así en 1810 que en 1859 hucó la manera de sacudir yugos extranjero, y de afianzar el progreso, no puede ser el asesino infame de 1897; quien aspira a la luz no ha de congeniar con las tinieblas; y congeniar con las tinieblas sería caer, asesino villano, sobre un hombre amarrado para matarlo cobardemente.

No es ese el pueblo que yo vi en mis lancés de guerrillero: no es ese el pueblo que en un día del mes de Junio de 1867, se alzó muy por arriba de toda la América, y vió con desprecio, con absoluto desprecio, las palabras de los que pedían la salvación de un archiduque intruso y acobardado, y con alta satisfacción la justicia nacional.

Que no se calumnie al pueblo, que no se le quiera hacer responsable de una cobardía inaudita, horrenda, odiosa, como el asesinato de Arnulfo Arroyo.

¿Me decís que lo asesinaron hijos del pueblo? Mentira. Lo asesinaron unos cuantos paniaguados, hombres desprovistos de toda conciencia, seres capaces de todas las abominaciones—con su conducta lo demuestran—hombres hechos por su educación ó por su temperamento al crimen; pero esos no son el pueblo: el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo grande é inmortal, el que merece el nombre de pueblo, y no el que se confunde con la escoria de una agrupación humana, es el que se sacrificó con Hidalgo y con Morelos, el que rechazó a Iturbide, el que se puso del lado de la Federación, el que derribó a Santa-Anna, el que defuvo a Miramón en Veracruz y en Silao, el que triunfó en Calpulalpam y en Puebla, a las órdenes de González Ortega y de Zaragoza, en la Caribonera y en San Jacinto, al mando de Porfirio Díaz y de Mariano Escobedo; no el que comete una hazaña cobarde en medio de las sombras de la noche, y, protegido por la impunidad, penetra por una calleja oscura y cae sobre un hombre sin defensa posible.

Ayudadme, hermanos míos, a sostener que el pueblo podrá ser cruel, pero que no es vil.

Ayudadme en esa labor y algo habreis hecho en pro y beneficio de la Patria.

PADRE JARAUTA.

A donde conduce el exceso de amistosidad.

NOTA TRÁGICO-CÓMICA.

EL HIJO DEL AHUIZOTE.

CÓMO LO PINTÓ LA ONOMÁSTICA ONOMÁSTICA.



CÓMO ERA.



CÓMO ACABO.

Varias declaraciones sobre la muerte de Arroyo.

Tomado del *Mundo* y de *El Imparcial*.

EL GENDARME MILANÉS.—Es gendarme desde hace muy poco tiempo, todavía es joven y de baja estatura, por lo cual tuvo dificultades para ser *alta* en el Cuerpo. Por fin lo consiguió, y se le designó la 8ª Compañía para que prestara sus servicios. En la noche del 16 fué comisionado en la Inspección General para que sirviera de custodia á Arnulfo Arroyo.

A la mañana siguiente llegó muy asustado á su casa, pálido, con una ligera herida en la mano izquierda, y manifestó que por ningún motivo quería seguir siendo gendarme; que necesitaba se le diera de baja y que iba á gestionarla desde luego.

Le preguntaron que era lo que le pasaba, y comenzó la siguiente. Relación de los hechos:

«Me apostaron dice—como especie de centinela de vista, al lado de Arnulfo Arroyo para que lo custodiara, ordenándoseme que con nadie lo dejara hablar. Yo conocía al pobre hombre, fué mi compañero de colegio, me reconoció y aún hablamos algunas palabras, diciéndome él «que creía que ya era yo Abogado ó Médico y que no esperaba encontrarme allí,» yole dije que «que barbaridad había cometido.»

Serían las ocho de la noche cuando el señor Velázquez le mandó traer café con leche y pastelillos que tomó ayudado por un gendarme, pues estaba sujeto por una camisa de fuerza y no podía llevarse las manos á la boca.

Cuando se quemaban los fuegos, el señor Gobernador y su familia pasaron por la pieza, seguramente porque tenían curiosidad de conocer al que había atentado contra el señor Presidente. El señor Rebol ar habló unas cuantas palabras con Arroyo, y cuando terminó la iluminación, se retiró con su familia.

Como á las once de la noche el Sr. Velázquez preguntó á Arroyo si quería cenar, y le dijo que iba á mandar traer una cena á la Concordia.

El preso dió las gracias y dijo que por qué se le trataba con tanto rigor...

El Sr. Velázquez, dice el gendarme, contestó: «Mañana, mañana veremos eso.»

Al salir el Sr. Velázquez de su oficina habló en voz baja algunas palabras con Mauro Sánchez, su Ayudante, y este, al poco rato, les pidió las pistolas á los cuatro gendarmes que estaban custodiando al reo, unos adentro de la pieza y otros afuera.

El Ayudante continuaba diciendo el gendarme—nos manifestó después que no creía necesario que los cuatro gendarmes nos desvelásemos y que para evitarlo le amarrásemos bien los brazos y dos de nosotros nos fuésemos á acostar.

Así lo hicimos, obedeciendo la orden, y efectivamente dos gendarmes se retiraron, tocándome á mí la desgracia de quedar-me, para presenciar el atentado.

Arroyo, cansado de estar en un asiento, pidió que se le recostara; se le acababa de conceder, le había yo puesto en la cabecera una almohada improvisada para que estuviera más cómodo y le daba á fumar un cigarro, cuando sin ruido anterior que le hiciera advertir un peligro, ya en la puerta del despacho, al mismo tiempo que esta se abría, penetraron unos veinte hombres, casi todos cubierta parte de la cara con un embozo, y gritaron: ¡Viva México!

Yo, dice el gendarme, procuré atrincherarme contra la puerta: vi que uno de los embozados tenía un cuchillo de grandes dimensiones en una mano, y por un movimiento instintivo levanté mi bastón y descargué un golpe sobre aquel hombre, le bajé el embozo y le hice sangre en la nariz.

Cuando yo vi á ese hombre senti miedo. Lo conozco bien y estoy seguro de que él también se ha de acordar de mí y tal vez quiera vengarse, pues desde luego me tiró un golpe que yo esquivé y solo me hirió ligeramente en una mano.»

Milanés al referir esto se mostraba asustado y no quiso decir el nombre del individuo de quien hace mención, y continuó su relato manifestando que el mismo hombre, tal vez colérico por el garrotazo, fué el que primeramente hundió su cuchillo en la espalda del infeliz Arroyo.

«Después—dice—todo fué cuestión de un momento; vi que descargaban golpes sobre Arroyo y que en seguida todos salían. Fui impotente para evitar lo que pasó y sali tras de los hombres apenas salieron ellos con precipitación.

Yo y mi compañero bajamos con la intención de pedir auxilio y ya al bajar, en la puerta del Palacio nos encontramos con que otros gendarmes estaban aprehendiendo á gente que estaba en la calle, pero entre todos los aprehendidos no pude reconocer á ninguno de los asesinos.

Cuando volvimos á subir, no estaban ya, y yo entiendo que se fueron por el pasillo que comunica con el patio donde está el Registro Civil y salieron por la puerta que da á la Callejuela.

DON MANUEL MAYA.—Este señor es de nacionalidad española, tendrá unos cuarenta años, y refiere que tuvo deseos de salir á pasearse durante nuestras fiestas y se encontraba tranquilamente tomando café en un puesto inmediato al Palacio Municipal, cuando llegó un individuo, vestido de charro que le dijo ser policía y sin más averiguación le ordenó que lo acompañase y lo llevó á presencia del Inspector General de Policía, sin que valieran sus protestas de que es hombre honrado y no había cometido falta alguna que ameritara su detención.

Maya manifiesta que su sorpresa fué grande y aun llegó á tener miedo cuando supo que se le acusaba de haber tomado participación activa en un lynchamiento, no obstante que tenía la conciencia tranquila.

SILVESTRE MACÍAS.—Dice que pasaba casualmente por el portal llamado de la Diputación, y sin darse cuenta de lo que acontecía, el mozo de Cabrera, á quien conoce perfectamente, lo detuvo, pistola en mano, y lo hizo penetrar á la Inspección, donde quedó detenido.

APOLINAR FRANCISCO CASTILLO.—Es un jovencito que tendrá á lo más 15 años, hijo de un comerciante establecido por el rumbo de la Merced. Regresaba del Teatro Principal cuando fué detenido, sin saber por qué en los primeros momentos. Refieren los parientes de este joven que tenían buena amistad con el Inspector Villavicencio, y que cuando supieron que Apolinar estaba preso, fueron á ver á aquél y le manifestaron la ocurrencia pidiéndole que influyera á fin de que lo dejaran libre. El Inspector contestó que no tuviera cuidado, que él lo arreglaría todo.

Excusado es decir que tal ofrecimiento no fué cumplido.

SANTIAGO ORDOÑEZ.—Es un comerciante, hombre serio y que dice graciosamente:—«Parece mentira, pero todavía no sé por qué me atraparon, cuando tan tranquilamente regresaba yo á mi casa.

Agrega que á él lo detuvo un oficial de gendarmes, alto, triguero y que al hacerlo entrar en la Inspección, le dijo á un gendarme: «Este es uno de los matones.»

FELIX PALACIOS.—Cuenta que estaba vendiendo asados de pollo, cuando escuchó los disparos. Dejó en el puesto á uno de sus parientes y picado por la curiosidad se acercó á la esquina de la Callejuela, donde dos charros, pistola en mano, lo obligaron á acompañarlos hasta la Inspección General.

MAGARIO SANCHEZ.—Estaba parado cerca de la esquina del Palacio Municipal, cuando fué aprehendido sin que le dieran explicaciones.

ENARISTO LUNA.—Es ladrillero, tiene veinte años de edad y dice que todos sus sufrimientos de cuatro días de cárcel los debe á ser curioso y da á entender que no le quedarán deseos de averiguar lo que ocurra en cualquiera otra ocasión.

JESÚS FUENTES.—Tejedor de oficios; fué aprehendido en la glorieta del Zócalo, por un paizano que se dijo policía y á quien no conoce.

JUAN SALAZAR.—Soy cobrador del cajón de ropa *Sorpresa y Primavera Unidas*. Como mis veinte compañeros, fui aprehendido injustamente; y lo que más siento es que he corrido riesgo de perder mi colocación, pues por lo demás, indignado por la calumnia y disgustado por las mortificaciones físicas; esperaba con serenidad á que se esclarecieran los hechos, seguro de que como ha sucedido, brillaría mi inculpabilidad.

FELIX PALACIOS.—Expendía pulque en pequeños jarros que traía en una bandeja que puso en manos de Soledad Brito y su hermano Manuel Palacios, al escuchar los disparos, para encaminarse hacia el portal. El oficial de que hemos hablado lo capturó.

Los 21 supuestos lynchadores, con más ó menos detalles, han rendido sus declaraciones ante el señor Juez 5º de lo Criminal, pero en el fondo, en lo esencial coinciden, circunstancia que que viene á agravar aun más de lo que estaba, la situación de los ex-jefes de policía.

Los charros que andaban haciendo las aprehensiones en el portal y en la plaza de Armas eran Jesús Paez, Jesús Romero, Carlos y José María Roja, agentes de las comisiones de seguridad, y los mismos que dicen que estaban durmiendo en compañía de D. Miguel Cabrera, cuando se efectuó el lynchamiento de Arroyo que no pudieron evitar.

Hicieron también aprehensiones los gendarmes números 81, 74 y 23, y así lo aseguramos porque el *reporter* capturado, tuvo ocasión de tomar nota. Los gendarmes de los puntos cercanos, hacia la avenida del Refugio y la Independencia, no se movieron

de sus puntos y el que vigilaba la esquina de la Monterilla y portal de la Diputación dice que no observó tumulto ó desorden alguno, fuera del movimiento general que hicieron los charros y los otros gendarmes al llevar á cabo las aprehensiones.

Este dato es de suma importancia.



EL ALFEREZ D. MANUEL RIVERA MUTIO.—Dicho señor, el más indignado de cuantos fueron víctimas de este error, es también quien mayores datos nos proporciona:

«Regresaba del Teatro—dice—pasaba por el Portal, y Miguel Cabrera que me conoce mucho desde que he encabezado algunas manifestaciones estudiantiles, me dijo sin que sospechara lo que iba á acontecerme: «Pase Manuelito, pase» y entré en efecto al Palacio donde se me comunicó.

Algún amigo mío, abogó porque se me dejara libre; y Cabrera contestó «que á mi menos que á nadie,» lo cual me indignó, tanto que le dije una grosería.

Recurrí á Villavicencio que también me conoce como hombre honrado y pacífico, pero tampoco me hizo caso y lo mismo me sucedió con Velázquez, quien me dió por toda contestación la siguiente:

«No tenga cuidado, mañana saldrá.»

Apenas me pude dar cuenta de la acusación tan grave que se lanzaba contra mí y mis compañeros; pero sin embargo vi el cuadro bastante desagradable; había una nerviosidad entre los Jefes de Policía que no podía tranquilizarme; pero me resigno.

El resto de la noche del día 16 y todo el día y noche del 17, fueron bastante pesados. Nos encerraron á los 21 prisioneros en un calabozo estrecho de la 4ª Demarcación de Policía y en la mañana del 18 sin querérsenos hacer ninguna concesión, como si en efecto fuésemos criminales, se nos pasó á todos á la Carcel de Belem, conduciéndonos por en medio de la calle y entre una valla de gendarmes.

En la cárcel hemos pasado horas infernales encerrados en bartolinas y pensando en qué seria de nosotros.

Yo habia pedido amparo, pero afortunadamente no fué necesario ningún trámite. El Sr. Juez 5º de lo Criminal ha obrado con toda rectitud y ya estamos en libertad.

Pero no han de parar aquí las cosas, yo y mis compañeros nos hemos perjudicado, hemas sufrido indebidamente y nos vamos por daños y perjuicios.

DECLARACIÓN DEL SR. VELÁZQUEZ.—Catorce pliegos seguramente debe ocupar la declaración de D. Eduardo Velázquez ex-Inspector General de Policía, que él personalmente dictó con naturalidad, y en toda ella trata de esquivar, al principio, la responsabilidad que le resulta, diciendo á cada momento *que él es el admirador del señor Presidente y que el atentado escandaloso de que habia sido objeto el Supremo Magistrado por parte de Arroyo, ameritaba un castigo ejemplar, etc.*

El señor Juez dejó á Velázquez en sus divagaciones hasta que en un momento oportuno le marcó el alto, y entonces le precisó el punto sobre de qué debía declarar.

El Sr. Velázquez no tuvo remedio, y confesó de plano la participación que habia tenido en el asunto negro de que tratamos en las retenciones de ninguna clase. Al terminar esa parte de la declaración estaba muy fatigado, pero no obstante pudo continuar, señaló á algunos de los principales autores del terrible drama.

Como quiera que debemos seguir informando á nuestros lectores sobre todo lo relativo á este asunto, sentimos en este momento no poder dar más pormenores sobre la declaración detallada del Sr. Velázquez.

LA COMPRA DE CUCHILLOS.—Cándido Cuéllar, caballerango al servicio del Sr. Velázquez, fué examinado y su declaración arroja mucha luz en este asunto.

Dijo que su jefe D. Eduardo lo habia mandado el día 16 á comprar unos cuchillos que él no sabia para que eran, los compró y los entregó á su jefe.

El Sr. Juez con suma habilidad practicó con este inculpado una diligencia muy interesante, que consistió en presentarle los cuchillos que le habian sido remitidos por la 4ª Inspección de Policía, acompañando las diligencias, mezclados con algunos otros, y Cuéllar pudo d signar sin vacilación los que habia comprado.

LA DECLARACIÓN DEL GENDARME BARTOLO FRANCO.—Este, lo mismo que Milanés, ha hecho importantes declaraciones que facilitarán la gestión judicial. Dice que él fué quien abrió la puerta en los momentos del asalto; y que sorprendido por los gritos de «¡Viva México!» que habia oído en el interior del Palacio, quiso armarse para prevenir la agresión. Ocurrió al oficial Sánchez para pedirle su pistola y este le contestó de mala manera y le

previno se abstuviera de salir. A poco entraron los asesinos, y Franco fué sujetado y llevado á un rincón donde intentaron quitarle el ga rote, sin conseguirlo.

Concluido el atentado los que retenian á Franco lo soltaron y uno de ellos le dió un puntapié. Indignado Franco volvió á reclamar su pistola y otra vez le fué negada con palabras duras.

Llegó luego Mazantini (Francisco Sánchez) y le preguntó lo que habia pasado. El se lo relató todo, y cuando ambos regresaron del departamento de teléfonos, donde tuvieron su conferencia, al lugar del atentado, recibió Franco la orden de vigilar á los que acababan de ser aprehendidos, y de los cuales ninguno habian tomado parte en el asesinato.

OTRA DECLARACIÓN IMPORTANTE.—Jesús Sainz desempeñaba desde hacia mucho tiempo el servicio de rondines para vigilar el centro de la ciudad y de ellos era jefe.

En la noche del 16 llegó como de costumbre á hacer su rondín, y á la hora que iba á salir á comenzar su vigilancia, se encontró con Cabrera, quien lo detuvo diciéndole:

—¿A dónde vas?

—Voy á hacer mi ronda.

—No, agregó Cabrera; ahora no sales, vente conmigo.

Y uniendo los hechos á las palabras lo llevó á la pieza donde están las oficinas de las Comisiones y allí le quitó un poncho que llevaba, agregando:

—Siéntate en una silla y cierra la puerta.

Sainz obedeció y se sentó de manera que el respaldo de la silla quedaba contra la puerta.

AURELIO JIMENEZ.—Estaba vendiendo cacahuates frente al Palacio Municipal, escuchó las detonaciones y corrió hacia el portal, donde dos gendarmes uniformados, lo capturaron: inútiles fueron los ruegos de su afligida madre Amada González y de su tío José Magaña

Jiménez tiene 14 años de edad.

Cabrera se acostó sobre el poncho en uno de los escritorios y otro tanto hicieron los agentes que allí habia y el mozo de aquél.

Pasada como hora y media próximamente de haber estado en la silla, llegó el oficial Mauro Sánchez y le dijo:

—Trae tu pistola que está cargada, y ten esta que no lo está.

Sainz obedeció á su jefe, entregó su pistola y recibió la que aquél le daba.

Poco tiempo después se escucharon ruidos bastante raros por parte exterior, y entonces salió precipitadamente de la pieza que ocupaban, y tras él los demás agentes que allí estaban.

Al pasar frente á la conserjería volteó Cabrera la cara y gritó á Sainz y á sus compañeros: ¡siganlos!

A quienes indicaba que debía seguirse, era á un puñado de hombres embozados alguno de ellos, y otros cubierta la cara con un pañuelo.

Sainz, cumpliendo la orden de su jefe siguió á algunos de los individuos que huían y en el primer peldaño de la escalera logró alcanzar á uno por el cuello, y poniéndole la pistola en el pecho, le dijo:

—¿Con quién hablo?

En ese momento se presentó Cabrera y le gritó:

—No lo mates que es de la policía.

Sainz dejó libre al individuo á quien habia aprehendido y trató de penetrar á la Inspección General, pero en la puerta de entrada á las galerías fíente á la Inspección, lo detuvo un charro y no lo dejó pasar diciéndole que fuera á traer un médico.

Ese charro era Villavicencio.

Sainz bajó y se encontró al terminar la escalera un cuchillo ensangrentado que entregó á Velázquez á quien encontró en la puerta.

Velázquez le preguntó qué era lo que pasaba, y Sainz dijo que no sabia, y volvió á ascender al piso superior y estando parado junto á la reja de la conserjería, vió llegar momentos después, conducido por un oficial, un puñado de gente enteramente indefensa que fué introducida á la Inspección General.

Retiere Sainz que cuando Mauro Sánchez le devolvió la pistola, estaban descargados todos los cartuchos y marcadas las hue-llas de la pólvora al disparar el arma.

✂ En un tribunal.

El Juez.—Acusado, las averiguaciones del proceso, inclinan á la justicia á condenarle por el robo del reloj de un muestrario.

El acusado.—Le diré á usted, señor Juez, en descargo de mi falta, que el dueño de la joyería tiene la culpa de todo. Sobre el reloj habia puesto una tarjeta con estas palabras: «¡Buena ocasión!»



--¿Y su yerno está bien?
--Sí señora..... pero no conmigo.



--Ya sé, doctor, que se dedica usted á la poesía.
--Por matar el tiempo, señora.
--¡Qué afición á matar, amigo mio!



EN EL BAÑO.



--¿Conque quiere usted ser cajero de mi casa? ¿Y entiende usted de caja?
--Ya lo creo! Si he sido tambor en el ejército.



--Dime chuquitin ¿está en casa tu mamá?
--Sí, pero me ha dicho que diga á vd. que no está porque usted le enfada.

LA VOZ DE LA SANGRE.

Almuerzo campestre interrumpido por la llegada casual de una pobre vaca, que ha reconocido la cabeza de su hijo.



KAM-RUP.

TRADUCCIÓN DE DON FRANCISCO ZARCO TOMADA DE UN LIBRO
PUBLICADO EL AÑO DE 1852.

(Continúa.)

Kam-Rup guardaba silencio y se arrodilló ante sus hermosas carceleras.

—Yo os lo suplico, dijo al fin; no me conduzcáis ante la princesa Kala. . . dejadme salir de este jardín.

Y las miraba á toda ; sin encontrar ni una sola mirada de piedad. El pobre Kunwar lloró y gimió tristemente. Con las lágrimas en los ojos se presentó delante de la princesa Kala.

Kala era hermosa como Maía (1) Sus cejas eran arcos y flechas sus miradas. El Kunwar al verla sintió herido el corazón, y cayó ante ella sin conocimiento.

La princesa, por su parte, al ver á Kam-Rup, se estremeció como la hoja delicada del assouatha (2), y olvidó todas sus amenazas. Se precipitó sobre el Kunwar. Lo hizo respirar ámbar y le echó agua de rosa en el rostro.

Kam-Rup se reanimó, su primer mirada fué á buscar los ojos de la princesa; pero no pudo contemplar su brillo sin deslumbrarse, y volvió á quedar desmayado.

Cuando volvió en sí, contempló á Kala con muda admiración. Kala miró también al Kunwar en silencio, y no hubo palabras para decir lo que ambos sentían en el corazón.

Por fin, habló Kala.

—Cuál es tu patria y quiénes son tus padres?

—Hada encantadora, respondió Kunwar, mi padre se llama Raj-Pit, mi madre Sundar-rup y yo Kam-rup. Mi país es Auda, é ignoro qué divinidad me ha conducido aquí.

—Bien! dijo Kala, nada temas, vive conmigo en este jardín y en este palacio; viviremos juntos. Yo soy Kam-Kala y mi padre es Kam-raj, el emperador de Sarandip.

Kala, tomó entonces una copa llena de vino y la ofreció á Kam-Rup, quien apuró aquel breverage de amor. El tal y el mirdang resonaban en su derredor. Algunas mujeres medio desnudas, con los párpados teñidos de coirio y los dedos de mendhrí, unían á la música una danza voluptuosa. Parecían ninfas de la corte de Indra, el rey de los genios. Jamás se había figurado el Kunwar imágenes tan graciosas. A cada instante Kala se inclinaba sobre el príncipe y le decía al oído palabras llenas de ternura, que él respondía con mayor ternura todavía.

Pero ¡ay! Del más hermoso sueño, se despierta luego!

IV

Kam-rup despertó, abrió los ojos y no vió ni músicos, ni danzas, ni á la reina de los músicos y de la danza, que era ya reina de su corazón. Suspiró, lloró, rasgó el raso de su túnica, se dejó caer de su lecho y se quedó sollozando.

Los seis amigos de Kam-rup lo rodearon y le dijeron:

—¿Que teneis, príncipe? os ha tocado alguna assuora con sus alas ó habeis visto algo espantoso en vuestro sueño?

Kam-rup no respondió ni una palabra, parecía no oír, suspiró, se golpeó la frente, hizo pedazos su ahoui y su jamah y se desmayó.

Pronto se avisó este accidente al Maharaj-Pit.

—Kam-rup, dijo el maharaj, háblame, mírame, soy tu padre.... y le tocó con su mano.

Pero el Kunwar no oía, ni veía, ni hablaba nada.

Entonces avisaron á la reina Sundar-rup.

—Hijo mio, dijo la reina, háblame una palabra, yo te lo ruego, una sola palabra para tu madre Suadar-rup. Y se golpeó las mejillas hasta ponerse las azules como la flor del nenúfar.

Pero Kam-rup ni veía, ni oía, ni hablaba nada.

Todo se olvida, padre, madre, y á sí mismo, cuando se tiene amor.

Vinieron médicos, magos, pandits, brachmanes y mullas. (3) Los médicos dijeron que el Kunwar sufría del vazo y del hígado; los magos que le habían hecho mala suerte; los pandits que era preciso que diera muchas limosnas: los brachmanes que había caído sobre él la sombra de algún genio malo, y que debía orar á Siva, el dios del mal y de la generación; los mullas le dieron un

(1) Maía, la ilusión, es la madre del amor

(2) Especie de higuera muy fina.

(3) Se encuentran en el Hindostan diversas civilizaciones. Hay allí persas é hindous, mahometanos y brahmas. Las mullas son los doctores del mahometanismo persa; los brachmanes son los depositarios de las tradiciones indias y de la lengua sanscrita. De aquí proviene una mezcla de supersticiones nacidas bajo diversos cielos. No es raro encontrar en las leyendas del Hindostan, reunidos los Djin y los Rackas, Djin es una palabra persa que representa una creencia persa tambien y Rackas es una palabra sanscrita.

gran número de amuletos, y aseguraron que un Djin ó Racka se le había acereado. (4)

Pero á pesar de todo esto, el Kunwar lloraba y se lamentaba. Vinieron los tesoreros con todos los tesoros, y el Kunwar no tuvo ni un deseo. Entonces se conoció que su mal no tenía remedio.

Sus seis amigos estaban llenos de aflicción.

El hijo del ministro sacó su puñal, lo apoyó sobre su cuello, y dijo:

—Príncipe, voy á matarme delante de ti, si no me reuelas la causa de tu dolor.

El príncipe se enterneció. Sus lágrimas corrieron en abundancia.

Tomó la mano de Mitarchaud y le contó su sueño.

—¡Ay! dijo Mitarchaud, dime el nombre de esa princesa, y corro á robármela para ti, aunque esté más allá de los mares ó más alta que el sol.

—¡Ay! dijo Kam-rup, el nombre de la princesa y el de su país los he olvidado, y sólo su imagen queda en el corazón.

—Pues bien, dijo Mitarchaud, pon tu esperanza en Brahma, enjuga tus lágrimas, y yo haré tantas investigaciones que al fin descubriré dónde está esa estrella de tu corazón.

Mitarchaud mandó, como en otro tiempo había mandado su padre, trigo y arroz á la casa de ladrillo, para distribuir á los pobres y á los extranjeros. No se les decía: «Orad porque el rey tenga un hijo,» sino: «Id al palacio y contad al príncipe historias de vuestro país. y si le recordais lo que él ha olvidado, os dará plata y oro.

Pero Kam-rup no cesaba de llorar, y nadie le hablaba de Sarandip, ni de la princesa Kala.

V

Cuando la princesa abrió sus lindos ojos, buscó al joven de la boca de botón de rosa, y no lo encontró. Entonces se echó á llorar, porque el amor había entrado á su corazón. Sus miembros frescos y delicados languidecieron como los lirios al recibir el rocío de la noche. Sus mejillas se hundieron y la sonrisa huyó de sus labios. Ni los médicos árabes del rey Kam-Raj podían curarla, ni sus hermosas amigas consolarla. Era consumida por el pesar de la ausencia, como los vapores del cielo por los rayos del medio día.

Fué á la pagoda de Hardwar. Ofreció flores é incienso á Siva, se prosternó ante ese dios, y le dirigió esta plegaria:

—Siva Mahadeo, si haces que mis ojos vuelvan á ver al príncipe, vendré á ofrecerte mil dones; y si no, no vendré porque moriré.

El guru de Siva era el brachman Sumit. Su túnica era blanca, su barba cana, y estaba haciendo su oración matinal, cuando entró á la pagoda la princesa. Oyó su plegaria, se levantó y le dijo:

—Kala, deposita tu secreto en el pecho del Brachman y volverás á ver al príncipe.

Kala levantó los ojos y sencillamente refirió lo que había soñado. Repitió todas las palabras del príncipe y describió sus facciones.

—Traedmelo, concluyó, y cuando esté aquí nos casaremos.

—¿De dónde es, preguntó el brachman, y cómo se llama?

—¡Ah! respondió Kala, se me ha olvidado; pero su frente es como la luna y su sonrisa como la estrella Rohini.

El brachman reflexionó un momento.

—Tranquilízate, dijo, voy á ir de ciudad en ciudad; de palacio en palacio, y llegaré á encontrar al príncipe que quieres ver.

Sumit vagó de día y de noche, de reino en reino, sin encontrar al amante de Kala. Por fin llegó á la ciudad de Aoudhpur y fué conducido á la casa de ladrillo donde le dieron arroz, y lo mandaron al palacio del príncipe para que le contara su historia.

—Naci, dije Sumit, en la ciudad de Sarandip.

Al oír este nombre el príncipe cayó sin sentido. Vuelto en sí, Sumit añadió:

—Mi emperador se llama Kam-raj.

—¡Kam-raj! exclamó el príncipe, es el padre de mi princesa y su patria es Sarandip.

—Mi emperador, continuó Sumit, tiene una hija bella como el medio día y hermosa como la aurora, que se llama Kala....

A esas palabras el príncipe conmovido gritó:

—¡Kala! ¡Kala! ¡Este es su nombre! Brachman, llévame á ver á la princesa y te daré perlas y oro y un reino entero!....

El rey quiso detener á su hijo.

(4) Los rackas son una especie de genios que devoran á los hombres. Se les llama Ogros, terribles, palabra sanscrita de donde viene probablemente nuestra voz ogro. Analogía notable entre los Rackas, los Ogros, y los Ciclopes.

—No, dijo el príncipe, no puedo vivir lejos de ella. Quiero viajar; acompañaré a Sumit, y veré á Sarandip, el país de Kala....
 —¡Ay! dijo el rey, estaba ese ídol tu hijo na. ía de ser victima del dios Kama. En vano es oponerse á los decretos del cielo.

VI

Kam-rup marchó para Hongly acompañado de sus seis amigos. Las velas del navio eran de púrpura los remos de oro y la jarcia de seda. Había sesenta remeros y al ver destizarse aquel buque con su tripulación bajo el cielo diáfano y en las ondas luminosas de los mares meridionales, parecía que era una hoja sagrada de douvras, con sus mil flores de esmeralda y de rubí. (1)
 El mar y el cielo parecían sonreír al amor de Kam-rup. El agua estaba como un espejo; un tinte perlado coloraba el firmamento, y á lo lejos, como una ciudad entre nubes se dibujaba Sarandip, con sus pagodas y sus cúpulas que parecían flotar sobre las ondas.

—Abi está el Palacio de Kam-raj, decía Sumit; allí el templo de Hasdwar y el jardín de Kala. Dentro de una hora estarás al lado de la que soñaste.

En ese momento el huracán azotó las aguas. Las olas se irritaron. El buque fué arrebatado por montañas de espuma y al fin se estrelló en un banco de coral.

Kam-rup desapareció, se había ido á fondo. Vió el fulgor verdoso que indica las focas y los caimanes. Pero el pensamiento de Kala lleno su alma y sintió que su cuerpo volvía á la superficie en el océano de cristal.

Cuando llegó á la superficie, no vió más que agua y cielo. La aérea reina de su corazón le prestó fuerzas. Nadó tres soles y tres lunas; despues una brisa perfumada acarició sus cabellos; y sus ojos descubrieron amras (2) en flor que se inclinaban sobre el agua.

El príncipe llegó á tierra. Entró á un jardín, cojió higos y plátanos y se acostó en la yerba á la sombra de un asoca. (3) De repente un ruido de pasos hirió sus oídos. Levantó los ojos y se encontró entre veinte mugeres que tenían un arco en la mano, y un carcañ á la espalda y que cargándolo de cadenas le dijeron. Vas á ver á nuestra reina Raota.

La reina estaba acostada sobre una piel de tigre. Sus cabellos negros estaban adornados con tres víboras de plata. Al ver al príncipe frunció el ceño y dijo:

—Has mostrado la frente de un hombre á las mugeres de Tirya-raj y morirás. Que lo lleven á la prisión, y mañana al salir la luna, yo misma te cortare la cabeza.

El príncipe fué conducido á un calabozo. Derramó abundantes lágrimas pronunciando el nombre de Kala. De repente la luz de una lámpara cisipó las tinieblas de la prisión. Una muger vestida de blanco se deslizó junto á Kam-rup y le hizo seña de que la siguiera. El príncipe obedeció, la muger lo dejó en una sala de mármol, donde había baños y fuentes de agua de rosa que corrían de día y de noche. Kam-rup se quedó por algún tiempo á oscuras. Despues se abrió una puerta y el príncipe descubrió en un oceano de luz la forma fantástica de una muger, cubrió se sonreía, y su cuerpo estaba mal velado entre una nube de perfumes. Era la reina Raota.

(Continuará)

La poesia, en esencia,
 existe en tu corazón,
 donde tienes en función
 la fe, el amor, la inocencia,
 la esperanza y la ilusión.
 Sin palabra, sin medida,
 sin versos, sin consonantes,
 ahí la llevas escondida.....
 ¡Ella, en todos los instantes,
 llene el libro de tu vida!

MISCELANEA.

Edición concluida.—Está ya concluida la edición de las "Aventuras del Barón de Munchhausen," ilustrada con copia de grabados de Gustavo Doré, y se vende en nuestras Oficinas, Cocheras 15, al precio de 50 centavos el ejemplar.
La prima número 22.—Terminada ya la impresión del obsequio á nuestros

(1) El douvras es una gramínea sagrada en el Hindostan. Sus flores violetas con lente parecen rubíes y esmeraldas que el menor viento basta para tener en continuo movimiento.
 (2) Hermoso arbusto de delicioso fruto.
 (3) Arbol de medianas dimensiones. Tiene flores color de naranja, desde el mas claro hasta el más oscuro, y al salir el sol exhala el más esquisito perfume.

suscriptores, consistente en un retrato del ilustre reformista Don Valentín Gómez Farias, en la presente semana comenzara á ser repartido.
 Las personas que no recibian la prima por conducto del señor Agapito Montes, presentarán para obtenerla la colección de los meses de Junio, Julio y Agosto de este año.

Las últimas noticias del proceso Arroyo.—Damos á continuación los principales detalles que encontramos en *El Imparcial* de hoy [viernes]. El señor Gobernador hizo llevar á su presencia al protegido de Villavicencio, Francisco Huizardt y luego que compareció dispuso que se presentara Antonio Milanés. Este vió á Huizardt y en el acto, sin vacilaciones, con toda seguridad, lo reconoció como uno de los asesinos de Arroyo, pues hay que advertir que no todos los malhechores llegaron á la Inspección General embozados.

—Diga usted, Milanés, si conoce á este hombre—le dijo el Gobernador.
 —Si señor, no podía olvidárseme su fisonomía. Lo ví entre los que mataron á Arroyo—contestó el guardián.

—Se asegura que Huizardt ha confesado lisa y llanamente y que arroja toda responsabilidad sobre Villavicencio.

También le fueron presentados á Antonio Milanés el oficial Monroy y el genearme Ignacio Pardavé. El primero de estos no podía tenerse en pie: un temblor nervioso recorría su cuerpo y su rostro estaba cubierto de una palidez mortal cuando se vió frente á frente de aquel, lo cual no pasó desapercibido por el señor Gobernador.

Milanés no reconoció á Monroy, así como tampoco á Pardavé, y dice que pudo ver á tres ó cuatro más, pero no á todos, porque le faltó tiempo y serenidad para ello, más cuando estuvo á punto de ser asesinado, al tratar de defenderse con su bastón.

Este bastón ha sido recogido, y presenta huellas de haber recibido los golpes de una arma cortante.

Jesús Sainz ha sostenido que encontró á Monroy vestido de paisano, cuando bajaba precipitadamente las escaleras, después del asesinato, y le amartilló la pistola sobre el pecho, con intenciones de descargarla, si aquél presentaba resistencia, pero que dejó libres sus movimientos, sin herirlo, cuando le indicaron que era oficial de la policia.

Monroy ha confesado que estuvo en el Palacio á la hora del asesinato de Arroyo, pero no quiere aparecer como culpable.

Ya cuando había terminado de rendir Monroy la declaración de que hemos hablado, volvió á encontrarse, y en esta vez de manera casual, con Antonio Milanés que estaba en el pasillo de las oficinas del Gobierno del Distrito.

Se paró bruscamente y volvió á manifestar gran temor, queriendo ocultar la cara para que aquél no se fijase de nuevo.

Tampoco paso inadvertido este hecho.
 Milanés continúa siendo acreedor á los más justos elogios. Un coronel refiriéndose á él, decía al hablar con otros militares en los corredores del Palacio Nacional:

—Ese muchacho es un valiente, y milagro es que viva. Eso de ver acercarse una turba de hombres armados, encararse con ellos, hacerles frente con un solo bastón, y descargarlo sobre la cara de un desalmado de aquellos, es una heroicidad. Milanés corrió el peligro inminente de que su sangre se confundiera con la de Arroyo.

Ha comenzado á fijarse el grado de responsabilidad que tiene cada uno de los complicados en el crimen.

Se designa como autores principales á don Eduardo Velázquez y don Antonio Villavicencio, puesto que ellos concibieron el plan. A Pardavé, Huizardt y demás individuos agentes de la Segundé Demarcación, se les coloca en segundo lugar, por haber ejecutado lo que los otros concibieron y meditaron.

Como cómplices se designan á Miguel Cabrera, Mauro Sánchez, á los Rojas, á Cuellar, etc. Don Manuel Bellido parece tan sólo encubridor.

El Universal á su vez reconstituye la escena del crimen: pinta á varios individuos que con el rostro cubierto con pañuelos, embozados en sarapes rojos, y cuchillo en mano, penetraron á la pieza en que estaba Arroyo, cayeron sobre él y lo asesinaron; agrega que para impedir que este se quejara, uno de los asesinos le puso la rodilla en el pescetezo á la par que con ambas manos le apretaba la boca; y concluye refiriendo que los acusados Velázquez y Villavicencio confesaron ya de plano la responsabilidad que cada uno tiene en el crimen. De lo que cuenta el colega se desprende que el primero dispuso el plan general y el segundo suministró los hombres capaces de matar.

Naturalmente, y así cuida *El Universal* de expresarlo, como la verdad legal aun permanece en secreto, lo antes dicho está sujeto á rectificaciones.

Pondremos cuidado en continuar poniendo en conocimiento de nuestros lectores cuanto nuevo ocurra.

El Sr. Eduardo Velázquez.—Al cerrar nuestro semanario, llegó á conocimiento de esta redacción la noticia de que el Sr. Velázquez, ex Inspector General de Policía se suicidó en la Carcel de Belén á las once y cuarto de la mañana del viernes último dándose un tiro en la sien derecha, con un revolver que por su pequeñez podía ocultar facilmente.

Por lo avanzado de la hora en que escribimos este párrafo, omitimos detalles sobre este hecho.

Lamentamos tan triste desenlace en la vida del joven Velázquez, que apenas contaba 32 años de edad.

Anuestros suscriptores.—Debido á los días de fiesta no nos ha sido posible remitir con la puntualidad que acostumbramos la prima ofrecida á nuestros suscriptores. Como el referido obsequio esta ya concluido y en nuestro poder, dentro de breves días lo recibirán nuestros favorecedores.

Diversiones infernales.—Gran Compañía de Zarzuela Infernal.—Obras que se representaran próximamente en el Teatro del Olivo:

La Tempestad por Joseph Ventre. Banda de Trompetas, por Ramón Fernández. El Anillo de Hierro, por los jueces de lo Correccional. Un Caballero Particular, por Ramón Frida. Los Carboneros, por Darío Balandrano. La Guerra Santa, por Carlos Peón. Cuba Libre, por Telesforo García y Juliet de Elizalde. Robinson, por José Ives Limantour. La Vuelta al Mundo en 80 días, por Rafael Reyes Spindola. Los Desaparecidos, por Rafael Cravioto y Ramón F. Riveroll. Historias y Cuentos por Francisco Bulnes. Cómo está la Sociedad, por Juan Barajas. El Monaguillo, por Próspero Cahuantzi. Luz y sombra, por J. Olmos y Contreras. Torear por lo rino, por Billy Clark. Los Valientes, por el Gobierno Tuxtepecano.—("El Diablito Bromista.")

Lagos, Jalisco, Agosto 8 de 1892.—Señores Scott y Bowne, Nueva York.—Muy Señores míos:

Con satisfacción manifiesto á vdes. que en las ocasiones en que he tenido que usar su Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y sosa, ha reemplazado con ventaja al aceite simple. Con este motivo me es grato ofrecerme de Vdes. ato. S. S.—*Doctor Pascual M. Toral.*

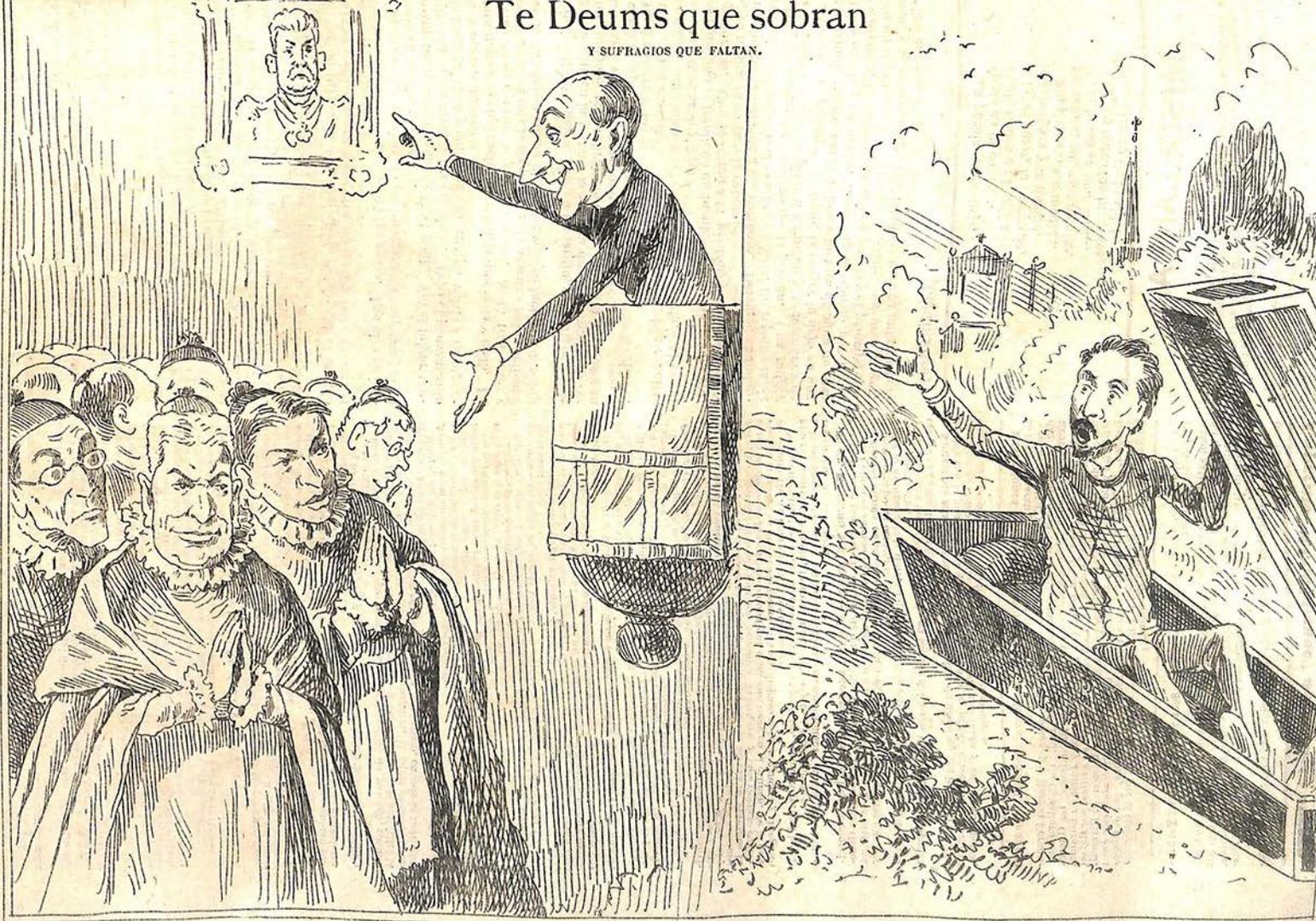
La Emulsión de Scott ha demostrado su superioridad al aceite de hígado de bacalao.

Imprenta "Cuauhtemoc" de Daniel Cabrera,
 EN GUADALUPE HIDALGO.

Te Deum que sobran

Y SUPRAGIOS QUE FALTAN.

EL HIJO DEL AHUIZOTE.



AYERARDI.—Hermanos, hay que hacèrle un Te Deum á don Porfirio.... ¿Que es barba? Pues.... la ocasión la pintan calve.

HABLA EL MUERTO ARROYO.—Hermanos, y de mí no se acuerdan.